

HONNI SOIT QUI MAL Y PENSE...

CÓMO INFORMA UN PERIODICO BRITANICO A SUS LECTORES SOBRE EL MARRUECOS JALIFIANO

CUADERNOS DE ESTUDIOS AFRICANOS ha procurado ser desde su aparición una revista seria y objetiva de información, estudio y análisis, no de polémica. Nunca ha estimado incompatible su vigoroso sentido hispánico con el culto a la verdad, porque la mentira como instrumento patriótico le parece recusable y, desde luego, reñida con la probidad científica.

Pero no todos los periódicos lo entienden así. En este siglo ple-tórico de declaraciones solemnes sobre la libertad de información y la veracidad en lo que se informa, amplios sectores del mundo occidental, que se arrojan la pretensión de capacitar a los pueblos dependientes, creen que la calumnia y la falsedad sistemáticas deben emplearse en ciertos casos. Por ejemplo: cuando se trata de España. Es el conocido principio de Lenin: «Contra los cuerpos, la violencia, y contra las almas, la mentira». Al fin y al cabo, en la Inglaterra laborista, la intelectualidad que se inspira en los postulados marxistas los aplica, ya se trate de informar sobre el Marruecos jalifiano, ya de desvaluar la libra o retirarse de Palestina por no poder resistir la presión sionista. Vean nuestros lectores si exageramos, leyendo a *The Spectator* del 28 de octubre de 1949, en el que Rom Landau publica, bajo el título «España y Marruecos», el modelo de información *veraz y objetiva* que transcribimos íntegramente en sus sabrosos párrafos:

«Una de mis finalidades al ir a Tetuán, la capital de la zona española de Marruecos, era sostener una conversación con el Príncipe Muley Hassan, heredero del trono marroquí, quien rendía breve visita al Jalifa, representante de su padre en el Marruecos español. Ha-

biendo decidido mi viaje tan sólo en el último instante, no tenía medios de poner en conocimiento del Príncipe mis deseos de ser recibido en audiencia. Las autoridades españolas hubiesen, sin duda, interceptado o demorado un telegrama. Esto se debe a que son extraordinariamente sensibles a los contactos entre extranjeros y moros, especialmente tratándose de una persona tan conocida por sus simpatías nacionalistas como el joven Príncipe. Pero en Tánger, Allal El Fassi, cabecilla nacionalista, nos había entregado una carta para uno de sus amigos de Tetuán, que se contaba a su vez entre las amistades del Príncipe. Tan pronto como llegué envié la carta. Mi huésped, el Cónsul general de X consintió en que uno de sus criados portase la misiva a la ciudad. Pero cuando éste volvió de su recado aún tenía en su poder el pliego. Al saber el destinatario que el mensajero venía de uno de los Consulados extranjeros, se negó a dejarle entrar e incluso a aceptar la carta, no por xenofobia alguna de su parte, sino sencillamente porque tenía miedo a que los españoles descubriesen que había estado en contacto con un inglés. Esto solamente le aseguraría una prisión indefinida.

»Mi primera experiencia fué típicamente reveladora de las condiciones de vida existentes en la Zona española. Aunque en el Marruecos francés las relaciones entre nativos y extranjeros no se miran con excesiva simpatía, nunca tuve dificultades en el trato de los marroquíes; pero claro, la situación no ofrece punto de comparación entre las dos Zonas. Los nacionalistas marroquíes acusan a los franceses de deliberada lentitud en preparar a los aborígenes para el autogobierno; admiten, no obstante, que los franceses han hecho muchísimo para mejorar las condiciones de su Zona. Además, la Administración francesa es, en general, eficiente, y los procedimientos, estilo Gestapo, son desconocidos. La Zona española es, ante todo y sobre todo, un estado policía. La comarca rebulle de agentes informadores, y cualquier palabra descuidada puede llevar a un moro a la cárcel. Estas están repletas de «delinquentes políticos» que nunca comparecen en juicio y de los cuales no se vuelve a oír hablar.

»Sin embargo, el cuadro que la capital muestra no está todo él recargado de negras tintas. Gracias a los españoles, Tetuán, población pintoresca y deliciosa, se ha convertido en algo así como una capital de comedia musical, y existe una constante exhibición de magníficos

uniformes, dorados cintajos, centinelas de guante blanco, soberbios caballos, desfiles militares y «fiestas españolas».

»No ha de sorprender, por tanto, que incluso asunto tan siniestro como el del encarcelamiento tenga su parte de comedia musical. Durante la tan cacareada boda del Jalifa en la pasada primavera se proclamó una amnistía para doscientos cincuenta presos políticos, y, de hecho, este número de hombres fué puesto en libertad. Pese a ello, no se libertó a uno solo de aquéllos; todo lo que ocurrió es que, un día determinado, fueron arrestados en Tetuán doscientos cincuenta trabajadores cogidos acá y allá, metiéndolos en la cárcel por cuarenta y ocho horas y sacándolos de ella luego sin una palabra de explicación. Sucedió que entre las víctimas se hallaba el jardinero de mi huésped, el Cónsul de X.

* * *

»Aunque hay un Jalifa nativo, sibarita amable de historial germanófilo, durante la pasada guerra, el verdadero amo de la región es el Alto Comisario español General Varela. A diferencia del Residente general de la Zona francesa, el eficientísimo General Juin, Varela nunca ha sido acusado de eficiencia o de tomarse un interés excesivo en el bienestar de los naturales del país. Está imbuído del proverbial orgullo de los españoles y posee un interés casi patológico por mantener siempre el elevado rango de su cargo. Rehusa recibir a ninguno de los Cónsules extranjeros acreditados en Tetuán; el representante británico es el único que ha logrado cierto acceso hasta su persona. Siempre que hay una recepción oficial o un desfile, el General hace esperar a sus huéspedes entre dos y tres horas, pues es evidente que considera la impuntualidad como la virtud de los que mandan. Cuando en 1946-47 sufrió Marruecos una sequía desastrosa que dió por resultado la miseria y el hambre de 22.000 aborígenes, y los moros del campo invadieron Tetuán en busca de alimento, el Cónsul británico y varios de sus colegas abrieron cocinas gratuitas para alimentarlos. El General Varela y su esposa trataron esta calamidad nacional como si fuese inexistente, y, además, prohibieron bajo amenaza de prisión acudir a alguna de aquellas cantinas consulares. La señora de Varela es una de las mujeres más ricas de España.

»La preocupación fundamental del régimen español en Marruecos es su propio prestigio y no el bienestar del pueblo que le está confiado. Los españoles proclamaron en algunas ocasiones que sentían un gran respeto por la cultura del país y procuraron halagar a los marroquíes llamándolos hermanos. Con la ansiedad y preocupación de no ofender la susceptibilidad musulmana no permitían las procesiones religiosas fuera del recinto de las iglesias. Hoy día ni siquiera intentan ocultar su desprecio por los marroquíes, y las procesiones religiosas recorren las calles de las ciudades islámicas, e incluso los acontecimientos deportivos en los que participan mahometanos empiezan con un acto religioso católico. Excepción hecha de lo que a propaganda se refiere, se trata a los moros como lo que realmente son a los ojos de los españoles: material bélico.

»Suministran al Ejército hispano sus mejores tropas, y la Zona española, que tiene un millón de habitantes, posee un ejército de 100.000 hombres. Apenas si se hace nada para mejorar el nivel de sanidad pública, de riqueza o educación, y la mortalidad es mucho más alta que en la parte francesa. No es de sorprender, por tanto, que durante la reciente visita del Rey Abdullah a España sus huéspedes le disuadieran de visitar el Marruecos español. En vez de ello trajeron al General Varela y al Jefe-marioneta a Madrid para ofrecerle informes deslumbrantes sobre el bienestar marroquí en la Zona española.

»Los españoles subrayan con orgullo que su región es la única «de color» en Africa donde existe la enseñanza obligatoria. No mencionan el poquísimos número de escuelas nativas, incapaz de absorber siquiera una fracción de los niños marroquíes. Por ello la mayor parte de los muchachos pasan el tiempo en las calles y se convierten ya en temprana edad en un proletariado sin moral y analfabeto. Su única posibilidad de mejora consiste en alistarse en el Ejército español o servir de informadores a la Policía. Cuando se hacen mayores pueden, naturalmente, dedicarse a trabajos que no requieren especialización, pero en una región donde se vive constantemente al borde de la bancarrota no hay empleos suficientes para ellos, y el salario diario de siete pesetas para ese tipo de labor no permite una alimentación mínima. Así que, sencillamente, para no separar el alma del cuerpo, muchos aborígenes se tornan informadores. Pese a esto, el tipo de confidente como tal es raro entre los marroquíes, especial-

mente entre los bereberes, que por naturaleza no son serviles, sino orgullosos, honrados y de gran altura moral.

»Antes de abandonar la Zona española me di cuenta de por qué las autoridades ponían tanto empeño en impedir el contacto entre nativos y extranjeros. Tan pronto como el marroquí se da cuenta de que puede confiar en uno, hablará de su intenso odio hacia los españoles. Hay muchos marroquíes en la Zona francesa a quienes no gustan los franceses. Pero a menos de que sean fanáticos, reconocen que aquéllos han hecho muchísimo en su favor, y hablan de ellos con respeto. En la Zona española la actitud de los naturales del país hacia sus «protectores» es una mezcla de odio y desprecio.

»Los españoles se dan cuenta de todo esto y tienen miedo a los marroquíes. No pueden olvidar nunca que Abd-el-Krim, con su ejército de aficionados, los derrotó una y otra vez, y que se necesitó la crema del Ejército francés para salvarlos de una total aniquilación. Mientras que en la Zona francesa muchos franceses viven en comarcas apartadas, pocos españoles se atreven a hacerlo en lugares aislados fuera del alcance protector de su Ejército y de su Policía. Incluso en las ciudades, siempre prefieren casas repletas de gente en el centro que habitaciones en los alrededores, mucho más agradables. Cuando el Cónsul general británico se trasladó recientemente a su nueva casa en una de las preciosas colinas de los alrededores de Tetuán, los españoles apenas podían comprender un tal traslado. No obstante, ningún extranjero excepto el español, ha de temer nada de los marroquíes, que, de hecho, agradece profundísimamente cualquier señal de simpatía o comprensión por parte de los europeos.

»Para un amante de Marruecos la Zona española proporciona una amarga experiencia. Los franceses en su Zona han prometido el autogobierno. El futuro de los marroquíes en la parte española no ofrece tan doradas perspectivas, y parece no haber escapatoria de un régimen cuyo único servicio eficaz es la policía secreta.»

* *

La anterior lectura sugiere muchos comentarios, y eso que por carecer del menor dato concreto resulta harto difícil rebatir el artículo, pues la aburrida historieta de los encarcelamientos al azar, digna de estremecer a las porteras británicas, no ofrece pie sino para

una lacónica negativa. El señor Landau no se ha inspirado al escribir en simpatía hacia los marroquíes, no muy corriente en un sionista, o los franceses. Se ha inspirado a secas en odio hacia España, un país que se ha permitido el lujo de desafiar el malhumor del Gobierno de S. M. británica, negándose a convertirse en protectorado social británico que rellene el hueco dejado por Birmania o Palestina, ya que nunca podrá hacerlo respecto de los que en el futuro van a dejar la India y Pakistán —demasiado grandes— o Belice y las Malvinas —demasiado pequeñas—. Ni los franceses ni los marroquíes pueden enternecerse mucho por las frases del articulista. El Reino Unido pretendió, entre 1893 y 1904, instalarse en Marruecos por el estilo de como lo había hecho en Egipto, y al final tuvo que desistir, contentándose con intervenir desde Tánger y sin renunciar nunca en su fuero interno al deseo de «capacitar» a los marroquíes como a los bechuanas y fiyianos. Nos remitimos al aserto de Carlton J. Hayes (*War-Time Mission in Spain*, traducción española, página 172), que se refiere a la segunda guerra mundial. Sólo que el Marruecos francés, liberado y todo, no pudo ser conquistado por los británicos, bastante escasos de fuerzas en aquella fecha, tanto que en 1940 lo habían ofrecido por boca de Oliver Stanley (ex ministro conservador de Colonias) a los españoles, para inclinarlos de su lado, conforme a la tradicional táctica de ofrecer lo ajeno, de lo que Alejandreta, Siria y Líbano son recientes ejemplos.

Volviendo al artículo, hay en él algunos asertos sorprendentes por la desfachatez que suponen. Por ejemplo: omite que a consecuencia de la ofensiva de Abd-el-Krim contra el Uarga francés (cuando llegó a catorce kilómetros de Fez), fué Francia la que solicitó y obtuvo la colaboración española para acabar con la rebeldía. Que lea el libro del Teniente Coronel Laure, *La collaboration franco-espagnole et la victoire du Riff*. Por lo demás no pretendemos tener el monopolio de las derrotas coloniales. Los 22.000 «aborígenes» muertos de hambre en 1946-47, fueron, en realidad, según las estadísticas de los servicios jalfifanos, 9.786 nacimientos durante 1946 y una cifra sensiblemente igual durante 1947, sólo para el grupo musulmán, contra 2.146 defunciones en ambos años, que, como el artículo reconoce, fueron excepcionales y no sólo en el Marruecos jalfifano, sino en el vecino sultaniano y Argelia, desde donde entraron en 1946

6.296 musulmanes buscando trabajo en la Zona jalifiana, que, por cierto, en 1912, al hacerse cargo de su dirección España, contaba, según los cálculos más optimistas, 400.000 habitantes: en 1940, 991.954, y en 1945, 1.082.009, con una densidad de 52 habitantes por kilómetro cuadrado, pese a que sólo el 8 por 100 de los 19.900 kilómetros cuadrados que tiene de superficie, son aptos para cultivos regulares. La Zona francesa, tan elogiada por el objetivo señor Landau, con sus tierras negras, sus grandes vías y sus fosfatos, sólo tiene 19 habitantes por kilómetro cuadrado. Tal vez este hecho, cuya comprobación se puede hacer sin acudir a los informes del señor Landau, entrañe un misterio espeluznante, tan misteriosamente espeluznante como esas desapariciones de marroquíes que el señor Landau no debería desaprovechar para hilvanar un folletín hacia el que parece inclinarse una vocación más decidida que la del periodismo «informativo». Una sola advertencia al autor en ciernes de novelas por entrega: Yébala no es el Wasiristán.

Los «moros» de la Zona jalifiana son sólo una carne de cañón; dice hondamente condolido el señor Landau. Los marroquíes que han muerto en dos grandes guerras mundiales, los gurjas, los nigerianos y todo el elenco colonial que ha sacrificado el Reino Unido por mantener su hegemonía, no lo eran. España es el único país que viste de uniforme a sus protegidos, como lo demuestran los lanceros de Bengala, popularizados por el cine, sin mencionar la conocida película «La Carga de la Brigada Ligera», para no acudir a pruebas de mayor altura que desentonarían con el artículo del señor Landau. España no hace nada por la educación, el bienestar y la asistencia médica de sus protegidos. ¿Qué significan entonces los 801 millones de pesetas gastados en 1949 de su presupuesto por España en el mantenimiento de servicios y obras en la Zona? He aquí otro misterio digno del señor Landau y que proponemos a su claro sentido detectivesco. Completaremos los datos propios para facilitarle una pista agregando que en 1949 —como hace España desde 1912— ha saldado el déficit del presupuesto jalifiano, añadiendo 112 millones. Y también que ha saldado el déficit de la balanza comercial. Pero eso no es nada para el articulista que mece su espíritu en regiones de mayor trascendencia que vulgares cifras y despreciables hechos concretos.

Si la instrucción es obligatoria, el autor, con negar que se cum-

pla tal principio, queda satisfecho. Es decir, que con fines meramente decorativos, España ha creado en su Zona dos Institutos medios, dos Escuelas normales, dos Conservatorios y tres Escuelas sociales, tres Institutos de enseñanza superior, tres Escuelas agrícolas, tres de trabajo, dos marítimas, tres industriales y tres de Artes y Oficios marroquíes, con dos Centros de investigación, cinco bibliotecas y cinco museos, más los centros para israelitas y los puramente religiosos, aparte de doscientas escuelas primarias y muchas privadas. Que está comprobado que el 60 por 100 de la población infantil está escolarizada y que se invierte en su educación 20 millones de pesetas, independientemente de los pensionados que la Zona mantiene en Madrid, Granada y El Cairo. Son hechos que no existen; para el docto lector de *The Spectator* el aserto del señor Landau, que ni siquiera ha recorrido la Zona, debe valer más que los datos fehacientes que el más ignorante turista pueda verificar.

En cuanto a la acción sanitaria y benéfica, atendida con largueza, ha hecho bajar en veinte años el índice de mortalidad en un 25 por 100; ¡pavoroso misterio! El señor Landau piensa, sin duda, que si la realidad no corresponde, desgraciadamente, a sus deseos, es aquella la que debe ser eliminada, como lo de que los españoles no viven en el campo por temor a los «nativos». En efecto, solamente 4.373 «héroes» vivían en el campo en 1946. Por lo demás, el hecho de que los españoles no se han dedicado en su Zona a la sistemática apropiación de las tierras marroquíes es motivo sobrado de justificación para que la población rural española en Marruecos no sea muy crecida.

Por cierto que el artículo aborda un aspecto de la acción tutelar con notoria imprudencia. La expresión inglesa «colour-bar» es totalmente desconocida en árabe y en español. Más que traducción, tal palabra necesita, por tanto, explicación, y para esto se necesita citar abundantes ejemplos tomados de las posesiones británicas. Marruecos no es Kenya, ni Barbados, ni Nyassa, ni las islas Salomón. Sin remontarnos a lejanas fechas, despliegue el lector el *Daily Mirror* del 8 de febrero de 1947 y lea lo que escribe John Walter sobre la que llama «una vergüenza para el Imperio: nuestra conducta en Trinidad».

¿Y qué decir del *report* oficial que hace constar que en el Protectorado de Nyassa sólo un 2 por 100 de la población infantil está

escolarizada? Si no recordamos mal, fué Lord Hailey quien en 1938 escribió que en Nyassa más de la mitad de la población adulta carece de medios regulares de ocupación y tiene que buscar en la emigración un remedio a su hambre, caso que no es único ni excepcional. Por lo demás, el «manifiesto de agravios» del Movimiento panchipatriota *Akel* refiere con relación a 1948 y 1949 hechos que nos parecerían monstruosos aun en la época de Clive y Hasting. Como la destrucción aérea en 1949 de los poblados árabes del Norte de Aden, que demostraba simpatías hacia los yemenitas. Y si nos trasladamos a la civilizada isla de Malta, nos encontramos —es el Dr. Boffa, «leader» local, quien lo cree— que Inglaterra busca los dólares del Tío Sam invocando las necesidades del pueblo maltés para invertirlos en sus propias necesidades.

Indudablemente es preciso un Código de Ética Publicitaria —lo que supone un mínimo de buena fe y capacidad— aplicable a empresas y a escritores. Y es necesaria la colaboración de los pueblos que asumen la responsabilidad de capacitar a otros, pero siempre que sea recíproca y unilateral.

No sabemos los años que vivirá el señor Landau como informador detectivesco, puesto que ello depende de muchos factores que Dios conoce y Stalin puede manejar. Lo que sabemos es el balance de la obra española en América, a pesar de la leyenda negra de los filibusteros y sus compatriotas. ¿Está seguro *The Spectator* de que se podrá decir otro tanto de la británica? Azikibwe, en el *West African Pilot*, cree lo contrario: que Inglaterra «pasará» y Nigeria quedará como si no hubiera sucedido nada en su alma, aunque con cicatrices en su cuerpo.

JOSÉ MARÍA CORDERO TORRES



CRONICAS

0

